



## LIBRO VI EN EL SEPULCRO

### CAPÍTULO PRIMERO

#### EL ENTIERRO

Venit Joseph ab Arimathaea... et  
audacter introivit ad Pilatum et  
petiit corpus Jesu. Pilatus... dona-  
vit corpus Joseph. Joseph autem  
mercatus sindonem, et deponens  
eum, involvit sindone et posuit  
eum in monumento quod erat exci-  
sum de petra, et advolvit lapidem  
ad ostium monumenti.

Marc., xv, 43-46.

Tras el primer movimiento de estupor á que estu-  
vieron sometidos, como todo el mundo, los Pontifices, se  
repusieron lo bastante para atender á las necesidades del  
momento. Por causa de la solemnidad de la Pascua era  
preciso retirar los cuerpos de los crucificados, espectácu-  
lo fúnebre que no debía turbar los goces de aquel gran

día <sup>1</sup>. Era, además, una prescripción de la ley no dejar á los muertos en el patíbulo después de puesto el sol <sup>2</sup>. Éstas son, por lo menos, las razones que dieron al Procurador cuando le suplicaron que mandara acelerar la muerte de los criminales y que se quitaran sus cadáveres.

Pilatós pareció persuadirse, pero ¿no vería tal vez en la prisa de los sacerdotes un miedo secreto al moribundo clavado en la más alta de las tres cruces del Calvario? La obscuridad se iba disipando, la tierra ya no temblaba; pero la prueba del crimen á que se referían estos prodigios, continuaba visible y como dando voces. El pueblo no podía menos de verla y entenderla, con cierta disposición á tomar venganza del crimen, si la promovían los discípulos del Mártir. Era menester, pues, deshacerse cuanto antes de aquel testigo molesto; verdad es que algunas veces habla el sepulcro <sup>3</sup>; pero un cadáver tiene bastante más elocuencia, y el romano no había olvidado el partido que Antonio sacó de las heridas que echaban sangre en el costado de Julio Cesar <sup>4</sup>.

Por esto, con cierta benignidad irónica, dió la orden de desenclavar los cuerpos y quitar las cruces. Al punto un decurión llamó los hombres destinados para esto, probablemente criados del ejército, con los cuatro soldados de reglamento, y se encaminó al lugar del suplicio.

El aspecto del Calvario había cambiado por comple-

<sup>1</sup> JOANN., XIX, 31 : «Judæi ergo (quoniam Parasceve erat), ut non remaneret in cruce corpora sabbato (erat enim magnus dies ille sabbati), rogaverunt Pilatum ut frangerentur eorum crura et tollerentur».

<sup>2</sup> DEUTER., XXI, 22-23;—JOSUE: VIII, 29, relativamente á retirar los cuerpos de los ajusticiados al ponerse el sol.—La *Mischna* (*Sanhedrin*, VI, 5), recuerda la propia costumbre, y se puede asimismo encontrar igual indicio en Philon (*in Flaccum*, 10).

<sup>3</sup> HEBR., XI, 4 : «Defunctus adhuc loquitur.»

<sup>4</sup> SUTTON.: *In Cesar.*, 84.

to. No quedaba allí gente, ni nada del anterior tumulto; algunas pobres mujeres lloraban á los pies del Nazareno, alrededor de su Madre, desolada en brazos del único amigo que le había quedado fiel.

Nada turbaba la calma de la tarde, más que los gemidos de los ladrones cuya agonía se prolongaba. En la correntera y en las colinas no quedaba nadie: en un instante el miedo despejó aquel lugar y lo dejó en silencio; así, en antiguos tiempos, el Ángel exterminador había borrado hasta los rastros del ejército de Senaquerib <sup>1</sup> en aquellos mismos sitios donde acababa de expirar.

En conformidad á la costumbre, los verdugos les quebrantaron las piernas á los dos ladrones <sup>2</sup>, cuyas cruces no se habían granjeado ninguna simpatía, entretanto que los soldados apartaban con cierta compasión respetuosa á las mujeres agrupadas en torno de la cruz de Jesús. Lo que el centurión había dicho acerca de la muerte del Profeta, había sin duda impresionado el espíritu de los legionarios, y su teniente, si no había asistido á las últimas escenas de la Pasión, no dejaba de ir al Calvario con disposiciones benévolas hacia los amigos del Nazareno.

Como quiera que fuera, con echar una mirada le bastó para averiguar que no era menester dar el golpe de gracia á Jesús: estaba del todo muerto; los dependientes de la justicia no tenían que hacer más que retirarse. Pero como podía temer que le reprendieran de no haber cumplido exactamente lo mandado, ordenó que le dieran una lanzada en el pecho al Crucificado; y un soldado, llama-

<sup>1</sup> II PARALIPOM., XXXII, 21.

<sup>2</sup> JOANN., XIX, 32.—El quebrantamiento de las piernas (*crurifragium*) se practicaba solamente con los esclavos y los prisioneros de guerra; pero el golpe de gracia era de uso ordinario.—Cf. POLYB.: *Histor.*, I, c. LXXX:—AMIANO MARCELLIN.: *Histor.*, XIV, 9.

do Longinos <sup>1</sup>, se adelantó é hizo su oficio, con tanta fuerza, que el acero entró por el costado derecho y salió por el sobaco izquierdo <sup>2</sup>. La herida hizo salir sangre mezclada con agua <sup>3</sup>, prueba de que la punta de la lanza había alcanzado al pericardio, lo cual hubiese bastado para causar la muerte, si el ajusticiado no hubiera entregado ya su alma. Según la tradición, algunas gotas de la sangre divina salpicaron la frente del lancero, y sus ojos enfermos quedaron curados, al mismo tiempo que su espíritu era iluminado con la luz de la fe, y andando el tiempo pagaría al Maestro sangre con sangre, coronando con el martirio un largo y fructuoso apostolado <sup>4</sup>.

Así se cumplieron las palabras de la Escritura: «No le romperéis ningún hueso», y la profecía de Zacarías: «Un día verán al que traspasaron» <sup>5</sup>.

Mientras esto pasaba en el Gólgota, el Procurador estaba en conferencia con uno de los Sanhedritas, en su palacio de la Antonia. Este hombre, á quien ya conocemos, se llamaba Joseph, y era natural de Arimathea, la *Rentis* de la Judea moderna, pequeña ciudad que cruza el peregrino cuando va de Jaffa á Naplosa <sup>6</sup>. Miembro del Gran Consejo, célebre por su nobleza, su fortuna y sus

<sup>1</sup> *Martyrol. Rom.* ad 25 mart.—*Cl. BOLLAND.*: eadem die, et BARONIO: ad ann. 34.

<sup>2</sup> PRUDENT: *de Passione Christi*, hymn. VIII.—Se inspira evidentemente en el *Evangelio de Nicodemo*.—Santa Brígida y Catalina Emerich cuentan el hecho del mismo modo.

<sup>3</sup> JOANN., XIX: «Unus militum lancea latus ejus aperuit et continuo exivit sanguis et aqua».

<sup>4</sup> LANDULFO: *Vita Christi*, c. LXIV, según San Isidoro, que hace á Longinos obispo y mártir. Muerto en Cesarea de Capadocia, según el martirologio, le supone Bartolini enterrado cerca de Lyon: *de Latere Christi*, c. VI.—La santa Lanza se conserva en Roma, en la iglesia de Santo Cruz de Jerusalén. (V. el apéndice G.)

<sup>5</sup> EXOD., XII, 46.—ZACHAR., XII, 10.—*Cl. JOANN.*, XIX, 36-37.

<sup>6</sup> Por lo menos es la opinión más verosímil hasta el presente.

virtudes <sup>1</sup>, gozaba, según verosímil tradición, de favor distinguido con los gobernadores romanos, y especialmente con Poncio Pilato: discípulo secreto de Jesús, creyó que le convenía recatar sus convicciones <sup>2</sup>; pero cuando se convocó el Sanhedrin la noche anterior, rehusó formalmente tomar parte en la iniquidad de aquel juicio <sup>3</sup>.

Indudablemente había seguido de lejos los pasos de la agonía del Redentor, confundido entre la turba como tantos otros amigos tímidos, afligidísimo pero silencioso. La última exclamación de la víctima divina repercutió profundamente en su alma. ¡Cosa extraña! Este hombre, que había tenido miedo de confesar su fe en el Maestro vivo, no pudo resistir al impulso de rendirle homenaje apenas murió: le vino la fortaleza del mismo exceso de su confusión y dolor <sup>4</sup>.

Tomó en seguida el camino de la Antonia, con ánimo de arrostrar la cólera del Procurador y el rencor de los Judíos, que debería encontrar á las puertas de la fortaleza en demanda de que remataran á los reos. Le introdujeron sin hacerle esperar, cual correspondía á un hombre de su importancia; pues Pilatos guardaba miramientos á los que reconocía por hombres de carácter. En pocas palabras expuso Joseph el motivo de su visita, y era pedir el cuerpo del Nazareno para rendirle los honores postrimeros <sup>5</sup>.

<sup>1</sup> LUC., XXIII, 50: «Vir nomine Joseph, qui erat decurio, vir bonus et justus».—*Cl. MATH.*, XXVII, 57;—*MARC.*, XV, 43;—*JOANN.*, XIX, 38.

<sup>2</sup> LANDULFO: *op. cit.*, c. LXV.

<sup>3</sup> JOAN., XIX, 38: «Discipulus Jesu, occultus autem propter metum Judaeorum».

<sup>4</sup> LUC., XXIII, 51: «Hic non consenserat consilio et actibus eorum».

<sup>5</sup> *MARC.*, XV, 43: «Audacter introivit ad Pilatum».—La palabra *audacter* alude evidentemente á la disposición en que estaba Pilatos, más bien que á su carácter ordinario y á sus relaciones con Joseph.

<sup>6</sup> *MATH.*, XXVII, 58: «Hic accessit ad Pilatum et petit corpus Jesu».

Exponiase á una negativa ; pues la costumbre romana no se prestaba á deseos semejantes <sup>1</sup>, y el Gobernador quizá temiera herir á los príncipes de los sacerdotes con una concesión contraria á las tradiciones locales <sup>2</sup>, aparte de que pudiera parecer una desautorización de la conducta que ellos habían observado con el ajusticiado. Verdad es que había precedentes que Joseph podía hacer valer como israelita y como súbdito de Roma, pero, ¿podía él abrigar esperanza de que se conformara Pilatos sin exigir una compensación considerable á ejemplo de otros muchos de su clase <sup>3</sup>, sobre todo cuando se trataba de ponerse en frente de los apasionados Sanhedritas? El dinero que pudiera costarle no le daba cuidado : era bastante rico para pagar la gracia solicitada, pero, ¿saldría con su intento al comunicar su resolución á un hombre como Pilatos, tan miserablemente irresoluto en todos los pasos de aquel día fatal?

El Procurador se maravilló de que Jesús hubiera muerto ya. Ordinariamente duraban mucho más los crucificados, y lo que él había visto sobrehumano en Cristo, no le permitía creer en una agonía tan corta. Así, por orden suya el centurión que había presidido el suplicio, vino á dar fe de lo que afirmaba Joseph <sup>4</sup> : había visto morir al Rey de los Judíos, y podía asegurar que los soldados enviados al Calvario no habían tenido que romperle los

<sup>1</sup> ULPIANO: *Digest.*, XLIII, 24, 1 (*de Cadaver. punit.*).—CI. HORAC.: *Epist.* I, 16;—PLAUT.: *Miles*, II, 4.

<sup>2</sup> MAIMÓNIDES: *Sanhedrin*, XV.—El Sanhedrin tenía designados dos sepuleros para los condenados á muerte, uno para los apedreados y otro para los crucificados. (SEPP, t. III, p. 65).

<sup>3</sup> CICERON: *In Verrem*, V, 45-51.—Véase para las excepciones: ULPIANO, *loc. cit.*

<sup>4</sup> MARC., XV, 44-45: «Pilatus mirabatur si jam obiisset. Et accersito centurione, interrogavit eum si jam mortuus esset. Et quum cognovisset, etc.»

huesos como á sus dos compañeros de suplicio. A la declaración del oficial respondió Pilatos con la orden de que se entregara al de Arimathea el cuerpo que solicitaba. El Evangelio consigna esta complacencia poco común <sup>1</sup>, motivada evidentemente por el deseo de dar gusto al solicitante vengándose de los fariseos y escribas.

Un ordenanza llevó, pues, al decurión del Calvario la resolución del Procurador, mientras Joseph se daba prisa de comprar los lienzos necesarios para enterrarlo; lino fino <sup>2</sup> para envolver el cuerpo, bandas para sostenerlo <sup>3</sup>, sudario especial para la cabeza según la costumbre importada de Egipto <sup>4</sup>. El gran bazar estaba cerca de la Antonia; las compras se hicieron prontamente, y pocos instantes después el Sanhedrita, seguido de sus criados, cruzaba la puerta Judiciaria.

Al mismo tiempo llegaba Nicodemo, el doctor de la Ley que ya antes defendió á Jesús delante del Gran Consejo <sup>5</sup> y también era creyente secreto de su misión divina. Advertido por su colega venía á ayudarle en aquella obra de misericordia para con el Maestro difunto, aunque no había tenido valor para confesar su nombre en vida: traía cien libras de un perfume particular, mezcla de mirra y áloe <sup>6</sup>, destinado á polvorear las fajas con que debía envolverse el cuerpo. Este no era más que un embalsamamiento provisional, después del cual se procedería á hacerlo más completo en el sepulcro según el uso seguido

<sup>1</sup> MARC., XV, 45: «*Donavit Corpus Jesu.*».—Frecuentemente los gobernadores romanos hacían pagar bien caro este favor á los padres de los ajusticiados, como lo hemos dicho más arriba.

<sup>2</sup> Id., XV, 46: «*Joseph autem mercatus sindonem, etc.*»

<sup>3</sup> JOANN., XI, 44: «*Ligatus pedes et manus institis.*»

<sup>4</sup> Id., *ibid.*, «*Facies illius sudario erat ligata.*».—CI. XX, 7.

<sup>5</sup> Id., VII, 50-51;—XIX, 39.

<sup>6</sup> Id., XIX, 39: «*Venit autem et Nicodemus... ferens mixturam myrrhae et aloes quasi libras centum.*»

entre los Judíos <sup>1</sup>. Como el día comenzaba ya á declinar, no permitía hacer más, so pena de violar el reposo del sábado.

Se puso, pues, Joseph á sacar los clavos <sup>2</sup>, que se reservaron las santas mujeres, así como la corona de espinas; María seguía con inquieta mirada los movimientos de los criados que desprendían uno tras otro los rígidos miembros, mientras Joseph y Nicodemo sostenían en sus brazos el cuerpo, y le dejaban caer poco á poco al suelo. La tradición, nos presenta á la bendita Madre sentada entonces al pie de la Cruz, recibiendo sobre sus rodillas la cabeza livida y ensangrentada de su Hijo, besándola y bañándola con sus lágrimas entre oraciones y lamentos <sup>3</sup>. ¿Tendría la Pasión una hora más dolorosa que ésta? Sólo podría decirnoslo el que, según San Juan Crisóstomo, levantó en el Calvario dos altares para las dos inmolaciones de su carne y del corazón de su Madre <sup>4</sup>. En este Océano de dolores, cada ola parecía que se llevaba toda el alma sin quitar nada de su amargura á la ola siguiente.

«¿A quién te compararé, ¡oh hija de Jerusalén!»—decía la Iglesia con palabras de Jeremías. ¿A quién te asemejaré, y cómo podré consolarte, ¡oh Virgen, Hija de Sión! Vuestro dolor es inmenso como el mar: ¿quién lo remediará? El Señor ha consumado en vos sus eternos designios. Todo lo ha quebrantado sin compasión.... Dejad correr vuestro llanto día y noche, y elévense vuestros gemidos sin tregua ni descanso» <sup>5</sup>.

<sup>1</sup> JOANN., XIX, 40: «Sicut mos est Judæis sepelire».

<sup>2</sup> Recogidos los clavos por Santa Elena fueron llevados á Constantinopla. Uno de ellos fué incrustado en la franja de oro de la corona imperial, y se conserva en el tesoro de Monza. Otro se enseña en Santa Cruz de Jerusalén, y la *Santa Muerte* de Carpentras guarda el tercero.—(V. el apéndice J.)

<sup>3</sup> LANDULFO.: *De Passione*, c. LXV, 5.

<sup>4</sup> «In Passione Christi duo videtis altaria: unum in pectore Mariæ, aliud in Christi carae. Christus carnem, beata Maria immolabat animam».

<sup>5</sup> THREN., II, 43 y 47-48.

La Magdalena se había arrojado á los pies del Salvador, para lavarlos de nuevo con sus lágrimas y enjugarlos con sus cabellos. Juan lloraba en silencio, entre las mujeres que sollozaban y los soldados penetrados de un duelo en que el amor tomaba los caracteres de la adoración. ¡Qué cambio! En vez de las blasfemias y los sarcasmos, no se oían más que protestas de ternura y súplicas de perdón. Las mismas manos que brutalmente le habían clavado vivo en la cruz, apenas se atrevían ahora á tocarle muerto para ayudar á darle sepultura. Apoyado Longinos en la lanza, todavía ensangrentada, hacía oración al que acababa de traspasar, y sus camaradas, suavizando sus voces y modales, parecían proteger á las pobres mujeres tan rudamente tratadas antes por ellos. El Redentor los atraía á todos hacia sí mismo, como lo había profetizado <sup>1</sup>, y alzaba sin tardanza los trofeos de su victoria sobre el infierno y la muerte.

Pero era menester darse prisa: se iba aproximando la noche, trayendo consigo el gran reposo de la Pascua. Los soldados quitaron las cruces y las echaron en la cisterna abierta debajo de la subida, al lado de Oriente. En conformidad á la prescripción de la Ley, los instrumentos del suplicio debían enterrarse con el mismo cadáver del ajusticiado <sup>2</sup>, lo cual hace suponer que los dos ladrones tuvieron por sepultura las sinuosidades de la roca. Otra prescripción prohibía efectivamente enterrar en los sepulcros de familia á los condenados á muerte <sup>3</sup>; pues se

<sup>1</sup> JOANN., XII, 32: «Ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum».

<sup>2</sup> *Talmud Sanhedrin*, XXXIV, 2.—Las tres cruces fueron encontradas más tarde por Santa Elena en la caverna á que las habían tirado. Esta costumbre de tirar fuera los instrumentos del suplicio duraba aun, hace poco, en Alemania, como lo atestigua SAPP: *Vie de Jésus*, t. III, p. 67.

<sup>3</sup> SAPP, *Vie de Jésus*, III, 65-66: «Los huesos de un criminal no se juntaban con los de sus padres, sino después de haberse podrido completamente las carnes.»

quedaban absolutamente eliminados de la sociedad en la muerte lo mismo que en la vida, y apenas les dejaban esperanza de encontrar en la misericordia divina un asilo en que pudieran juntarse con los que habían amado acá en la tierra. Los dos ladrones entraron para siempre en esa *región del olvido*<sup>1</sup>, y éste los envolvió en un velo que ninguna mano ha levantado.

La concesión que hizo Pilatos, ¿comprendía la dispensa necesaria para enterrar á Jesús en el sepulcro de su familia? No hay motivo para creerlo así; pues no hacia más que entregar el cadáver, lo cual, en rigor, podía hacerlo, según las costumbres judías, y cuanto á lo demás, no parece que fuera su voluntad faltar á ellas. Confíaba, pues, á Joseph el cuidado de procurar una sepultura conveniente y conforme á los usos establecidos. Pero aunque hubiera obtenido el permiso de llevar el cuerpo del Crucificado al sepulcro de Gethsemani, no había tiempo para ello; lo avanzado de la hora imponía, de toda precisión, el depositarlo en un sepulcro provisional. Joseph, pues, se veía en el caso de dar al Maestro la hospitalidad de la muerte, al pie mismo del Calvario, en el monumento que tenía preparado para sí propio.

Por estas razones, el cuerpo de Jesús fué transportado, en brazos de los discípulos, á la parte baja de la columna, para hacerle allí los primeros preparativos, que eran lavarle y purificarlo. Depositáronlo sobre la roca, en un sitio que por esta circunstancia ha conservado el nombre de *pedra de la Unción*, y se ve todavía en la basilica del Santo Sepulcro<sup>2</sup>. Con todas las precauciones posibles,

<sup>1</sup> S. AUGUST., *Confess.*: «In regione dissimilitudin». — PSALM. LXXXVII, 13: «In terra oblivionis.»

<sup>2</sup> Se la encuentra en seguida entrando en la basilica, después de haber cruzado el vestibulo; está cubierta con una losa de mármol rojo.—V. el apéndice II.

Juan, Nicodemo y Joseph, le limpiaron las manchas que desfiguraban al *más hermoso de entre los hijos de los hombres*<sup>1</sup>. María, dicen los místicos<sup>2</sup> en páginas verdaderamente delicadas, pero que nosotros no podemos citar en otro sentido, se reservó el devolver al divino rostro un poco de su dulce majestad; sacó las espinas clavadas en la carne, despegó los cabellos cuajados de sangre, é hizo desaparecer poco á poco la capa de polvo inmundo que le había dejado desconocido. Pero sus fuerzas no tardaron en mostrarse inferiores á su valor. A la vista de las llagas que, al limpiarle, iba poniendo de manifiesto, se renovaron todos los dolores de su agonía: parecíale que el Hijo se le estaba muriendo aún en su regazo con las mil muertes de la Pasión. Fué preciso sostenerla, sin quitarle, no obstante, el precioso depósito que apretaba contra su pecho: el trabajo adelantaba poco entre gemidos y lágrimas; el pensamiento y los esfuerzos de los asistentes se dividían sin cesar entre la Madre y el Hijo.

Por fin, se terminó lo primero: la carne lívida no conservaba más manchas que las de la sangre que resudaba gota á gota de las heridas que se abrían de nuevo al lavarlas. Los criados desenrollaron las fajas de lino que les alargaron á sus amos, mientras otros abrían los botes de misturas aromáticas y las disponían á ambos lados de la mesa funeraria.

El embalsamamiento era, entre los Judíos, una tarea bastante complicada, aunque no llevara consigo los cuidados minuciosos de los Egipcios en tales ocasiones; pues éstos tendían á conservar indefinidamente el cuerpo, en tanto que aquéllos se proponían sólo retardar su descom-

<sup>1</sup> PSALM., XLIV, 3: «Speciosus forma præ filiis hominum.»

<sup>2</sup> S. BRIGIDA, — LANDULFO, — V. MARIA DE AGRÉDA, — CATALINA ENMERICH, *loc cit.*

posición y, por consiguiente, se contentaban con precauciones sumarias. Pero el modo de sepultar no se diferenciaba mucho del nuestro, que basta á veces con un simple lienzo para envolver el cadáver, como en algunas comarcas lo hacen todavía los pobres. Aun cuando guardamos los restos de nuestros difuntos en doble féretro, se colocan con ese único sudario plegado sobre el vestido que la decencia impone.

Los Judíos conocían el uso del féretro, y cuando enterraban á algún pobre, procedían como en nuestras comarcas <sup>1</sup>. Los ricos, por el contrario, se procuraban sepulcros en forma de cenotaphios ó escavaban en la roca viva una cámara con celdillas y bancos destinados á recibir los cuerpos envueltos en lienzos. La prudencia exigía entonces que, embalsamándolos, se neutralizaran los efectos de la descomposición, y para esto se multiplicaban alrededor de los miembros lienzos cargados de aromas. Como estaba prohibido tocar la piedra que cerraba la gruta antes de que transcurriera un periodo de tiempo bastante largo <sup>2</sup>, la putrefacción y descomposición se verificaba en una atmósfera saturada de perfumes fuertes, y cuando llegaba la hora de abrir el monumento, no se percibía ya más que el desabrido olor que es peculiar de los sepulcros.

Con este fin, el cuerpo estaba fajado con anchas bandas de hilo ó algodón, bastante apretadas y sobrepuestas en varias capas, y á medida que se iban enrollando las impregnaban de la mistura que el Evangelio indica, mezcla casi por igual de la goma del *Balsamodendron myrrha* y de la resina de la *Aquilaria agallochum*, reducidas á

<sup>1</sup> *Moes Káton*, fol. XXIV, 1.—El cuerpo de los pobres se entierra á veces sin féretro.

<sup>2</sup> Esta piedra se llamaba *golal*, y no se fijaba sino pasados cuatro días. No se la podía ya quitar, según una prescripción del *Talmud*. (LÉFAR: *Tableaux évangéliques*, II, 499.)

polvo; el calor propio de aquel clima las fundía prontamente, de suerte que pegaba las fajas unas con otras y formaba una masa compacta de la carne y las telas. Por encima se cruzaban en todas direcciones bandas más apretadas aún, que dejaban completamente ceñido el cadáver, como nos lo hacen ver todavía los bajo-relieves de los sarcófagos de Letrán, donde tantas veces se representa la resurrección de Lázaro. La cabeza estaba cubierta con doble capucha, cuya imagen exacta nos conservan también los propios bajo relieves <sup>1</sup>. El primero dejando descubierta la *cara*, se anudaba por debajo de la barba; el otro cubría también el rostro y quedaba fijo por la última venda rodeada al cuello. Los lienzos destinados á la sepultura se escogían con gran cuidado y eran de lo mejor, aunque la seda y la púrpura no las admitía el uso ni siquiera en bordados sobre fondo de lino ó algodón. Joseph había comprado el *byssus* más fino, muselina de admirable finura que en varios dobles apenas equivalía al espesor de una tela ordinaria, con una resistencia que ha desafiado á la acción del tiempo <sup>2</sup>. Esas telas venían ordinariamente de Egipto, donde las fabricaban con el esmero especial que ellos ponían en todos los aderezos fúnebres. Eran de color blanco, con franjas de varios matices, según el gusto de la época y del país. Las momias que llenan al presente nuestros Museos duermen su sueño de siglos en telas absolutamente semejantes á las que muchas iglesias presentan á la veneración de los fieles, como las que envolvieron los sagrados miembros de Jesús <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Cahors y Carcasona se glorian de poseer estas *santas capuchas* que cubrieron la cabeza del Señor en el sepulcro.—*Cl. JOANN.*, XI, 44 y XX, 7.

<sup>2</sup> Varias iglesias conservan sudarios en bastante buen estado; como Caduín, Turín, etc.—Aix-la-Chapelle, Besançon y Compiègne los tenían igualmente, pero han desaparecido.

<sup>3</sup> Véase, por ejemplo, en el museo Guimet un fragmento del liero de Sesostris ó Ramses II (sala tercera, vitrina XII, caja G).

Entretanto los repliegues de los sudarios subían desde los pies hacia los hombros; pronto no quedó visible más que la cara que aún resultaba más pálida entre aquella blancura. En conformidad á la tradición judía<sup>1</sup>, todos los asistentes se acercaron á besar la frente del Maestro; y hecho esto, María con mano temblorosa volvió á cubrir la cara con el último velo, y anudó la última venda. Todo estaba consumado.

La fe de los discípulos y de las piadosas mujeres no era todavía bastante luminosa para penetrar en las sombras á que descendía el Crucificado. Únicamente María veía ya la aurora de la Resurrección, pero á través de tantos dolores, que no podía sentir gozo en ella<sup>2</sup>. Todos los demás se miraban con los ojos llenos de lágrimas, y no podían resignarse á encerrar en la tumba al que sobrevivía aún en sus esperanzas; al cerrarla parecían que encerraban también el porvenir de ellos y de Israel.

Se acordaban indudablemente de las palabras amenazadoras de los profetas: «¡Lamentate Jerusalén! Despójate de tus aderezos de fiesta; cúbrete de ceniza y cífiote el cilicio. Lloro, pueblo mío, como una doncella. Lamentaos, pastores, y dad voces con la frente en el polvo. Porque contados son vuestros días, y viene el día del Señor, día de amargura y de terror<sup>3</sup>.»

Pero el sol se ocultaba detrás de los cerros, y las trompetas del Templo comenzarían muy pronto á anunciar el comienzo del gran Sábado; no había que perder momento, si se quería acabar á tiempo. Por lo demás,

<sup>1</sup> STAFFER: *la Palestine*, 461.

<sup>2</sup> S. BERNARDO: *Sermo Dom. infr. octav. Assumptionis*: «Numquid non eum præsierat moriturum? Et indubitanter. Numquid non sperabat continuo resurrecturum? Et fidenter. Super hæc doluit crucifixum? Et vehementer.»

<sup>3</sup> JEREM., VI, 26.—XXV, 34;—JOEL, I, 8;—etc.

con algunos pasos se llegaba al monumento en que debía reposar provisionalmente el Hijo de David, antes de juntarse con los restos de Joaquín y Ana en la cueva del Cedrón. Joseph y Nicodemo, con ayuda de sus criados, abrazaron el cuerpo con respeto y lo llevaron por las sendas del jardín, ya invadido por las sombras de la tarde.

¡Qué triste sería esta marcha que desearían alargar, pero que era preciso aligerar! ¡Y cuánto más triste sería aún el despedirse por última vez de Aquel que la puerta de piedra iba á ocultar ya de todas las miradas.

Autos de tender al difunto en el banco funerario, le dejaron en tierra á la entrada del Sepulcro, y los asistentes recitaban alternativamente el salmo noventa<sup>1</sup>, que se llamaba «el cántico de alabanzas de David», himno de esperanza y de confianzas en Dios. Después se daban siete vueltas al féretro en que yacía el difunto, dirigiéndose mutuamente palabras de compasión y consuelo<sup>2</sup>. María presidía el duelo, apoyada en el brazo del discípulo amado y de la Magdalena, seguida de las otras mujeres<sup>3</sup>, detrás de las cuales iban Joseph y Nicodemo, cuyos criados alumbraban con antorchas este paso imposible de describir. El silencio de la naturaleza contribuía también al mayor efecto de los lamentos entrecortados de sollozos y, en la obscuridad que iba en aumento, parecía que sombras misteriosas se esforzaban por rendir homenaje al Hijo del hombre, dormido con el sueño de la muerte<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> SALM., XC: «Qui habitat in adjutorio Altissimi, etc.»

<sup>2</sup> SEPP: *Vie de N.-S.*, II, 213.

<sup>3</sup> En los acompañamientos fúnebres iban delante las mujeres conforme á las prescripciones de los rabinos.

<sup>4</sup> «Illius exequias, dice S. AGUSTIN, angelorum millia millium decantabant qui omnes convenerant ad sepulcrum Domini sui.»